

Biblioteca-Films

LA RATA DE PARÍS

Núm. 154

25 cts



Mae Marsh
Ivor Novello



CUTTS, Graham

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

VALENCIA, 234

Centro de Repartos de Publicaciones:

BARBARÁ, 9

AÑO III

Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 154

APARECE TODOS LOS MARTES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

EL RATA DE PARÍS

(THE RAT, 1925)

Una novela sentimental donde, con un realismo repugnante, se retratan los bajos fondos del París del vicio y del aristocrático, donde no dejan de brillar perlas de buena ley, corazones de oro, virtudes excelesas.

Superproducción E. GONZALEZ

Producción EMELKA

Exclusiva: E. GONZALEZ

Plaza del Progreso, núm. 2 - MADRID

Para Cataluña: INTERNACIONAL FILMS

Calle de Valencia, núm. 292 - BARCELONA

PERSONAJES

Paulet Mac Marsh
El Rata de París Ivor Novello

i ROBERT SCHOLZ

¡ÉXITO SIN PRECEDENTES!

**YA ESTÁ
EN VENTA
EL**

Almanaque TOM MIX

Artística portada
a varias tintas

Vida y anécdotas ilustradas
del célebre caballista y cowboy

TOM MIX

Profusión de grabados :: ::
Historietas - Aleluyas - Cuentos

SOLO CUESTA 30 CÉNTIMOS
CÓMPRELO ANTES DE QUE SE AGOTE

— PEDIDOS A —

BIBLIOTECA FILMS - Valencia, 234 - Barcelona
SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS

París, la gran ciudad, cerebro de Europa, en la cual conviven el más esplendoroso lujo y la más negra miseria; centro del mundo, que sirve de escenario a la farsa humana, plena de rasgos trágicos, de risibles muecas, de fieras pasiones; París es donde se moverán los personajes que vamos a presentar a nuestros lectores.

En la espaciosa Avenida de los Campos Eliseos tiene su morada Luis Drumont, un aristócrata que procura obtener de la vida cuantos placeres ofrece a quienes poseen la mágica varita de la fortuna.

Alegra su existencia Cecilia Chaumont, una mujer de lujo, cuya esplendente belleza es prodigamente cotizabile.

Cecilia Chaumont acaba de salir de su "bon-doir" y se presenta ante Luis Drumont:

—¿No tienes deseo, querida Cecilia, de ver

el famoso "cabaret" de apaches "El Infierno"?

—Tendré, Luis, mucho gusto en ello... Hace tiempo que deseo ver un espectáculo de esa naturaleza.

—Esta noche, después del teatro, iremos a cenar allí.

Y Cecilia Chaumont deseó vivamente que llegara la noche para emocionarse contemplando los tipos que son el terror del París del dinero.

II

En un ambiente bien distinto vive, allá en los barrios montmartreses, otra mujer, hermosa también, pero pobre, Paulet, abnegada y amorosa.

Su casa, en un sexto piso, es un nido pobre, pero aseado, curioso; en donde, sin lujos, no falta nada para hacer la vida cómoda, agradable.

Paulet tiene veinte años. Huérfana de padres y abandonada, vegetó mucho tiempo por los garitos de los barrios bajos, por los "cabarets" ínfimos; pero su corazón, mejor dicho,

su espíritu flotaba por encima de las miserias que sus ojos estaban acostumbrados a contemplar.

En uno de estos antros infectos, en el "Cabaret" "El Infierno", conoció a su compañero con quien ha juntado los destinos de su vida y con quien comparte su pan y su techo.

Llámase éste, Pedro, así, a secas, sin otra filiación conocida; pero todo el mundo le distingue con el nombre de "El Rata de París", a causa de su *profesión* de ratero, o apache.

Pedro, "El Rata", es un muchacho de veintidós años, guapote y atrevido; tan guapo que todas las muchachas de "El Infierno" se pirran por sus huesos; y tan atrevido que es el terror de todos los policías parisinos.

Paulet, la deliciosa amante de "El Rata de París", ha dispuesto en su modesta morada una peana con una estatuita de la Virgen Inmaculada. ¡Qué contraste! ¡La mujer arrasada en los lozadales de París rindiendo culto y pleitesía a la única mujer Virgen y Madre, a la más pura criatura que jamás haya pisado este valle de miserias!

Hay que ver a aquella pecadora arrodillada en un reclinatorio ante la Madre del Amor Hermoso, ante la Virgen Purísima e Inmaculada, juntando sus manos pecadoras y convirtiendo hacia aquélla sus ojos, rogando por su amado Pedro para que no caiga en manos de la policía... ¡Oh! y para que abandone el camino del mal.

Veámosla con los ojos velados por la emoción, de hinojos ante su Virgencita, elevando



Y con seráfico fervor dirige a la Virgen la salutación angélica.

sus manos juntas y su fervorosa plegaria hacia Ella:

“¡Oh, Virgen Santa”—impetra con fervorosa confianza—, “haz que Pedro vuelva sano

y salvo de sus arriesgadas correrías; haz, Señora, que mi Pedro deje este *oficio* que me hace tener siempre el alma en un hilo y me hace estar en una incesante zozobra... Dios te salve, María, llena eres de gracia, etc...”

Y con seráfico fervor dirige a la Virgen la salutación angélica.

Y la estatuita de yeso parece dirigir a la muchacha una sonrisa promisor.

Paulet se levanta y se va hasta la ventana avizorando la calle estrecha. “No viene, ¡Dios mío!, ¿si le habrá sucedido algo?”

Abnegada y amorosa, dispone la mesa mientras aguarda al peligroso apache, al amado de su corazón.

De pronto oye pasos en la escalera... “Es él, es él”... Y se precipita a abrir la puerta.

Era, en efecto, Pedro, quien, tras el peligro, busca el refugio de su hogar limpio y ordenado, gracias a su mujercita adorada.

—Has tardado mucho, Pedro—se quejó Paulet con dulcísimo acento, sonriente—. Estaba ya intranquila.

Pedro la besó con cariño..

—¡Qué tontuela eres!... ¿Qué quieres que me suceda?

—Anda, lávate las manos mientras te sirvo la sopa!

Sin hacer caso de la indicación de su mujer, Pedro se sentó en la mesa.

—¡Ay!... ¡Qué cansado estoy!



—Fuerza es, Pedro, de que acabes con esta vida de peligros...

—Pero ¿qué peligros ni qué niño muerto?... ¿No comprendes que fuera de este ambiente me moriría de hastío? ¿Sabes lo que yo gozo con las constantes emociones que me procura esta vida errante? Hoy mismo, perseguido por dos policías, me he visto obligado a esconderme en un sumidero, como las ratas...

—¡Pobre Pedro!

—¡Vaya, déjate de sentimentalismos y... come... ¿Por qué no comes?

—No has visto que he comido ya. Anda, come tú que eres el que te lo *ganas*.

—Más ganas tú que eres la que ahorras y administras.

Paulet se desvivía para obsequiar a su buen Pedro y se privaba de alimentación para que él se alimentase mejor.

En esta y otras pláticas transcurrió la comida.

—Bueno, Paulet, me vuelvo al *trabajo*...

—¿Tan pronto?

—Sí... Oye, Paulet, hoy no sé a qué hora volveré. Tú no vayas por "El Infierno"... Allí no tienes nada que hacer... ¡Adiós, Paulet!

—¡Adiós, Pedro!

Se abrazaron cariñosamente y se besaron.

Paulet se asomó a la ventana para ver partir a su amado. Luego volvió a arrodillarse ante la estatuita de la Virgen y rogó por su hombre.

III

Es una noche clara, sosegada, con la luna tardía que ilumina nuestro camino: noche agostea.

Por callejuelas angostas, sombrías y poco concurridas, que nos dan la impresión que nos hallamos a muchos kilómetros del corazón de Europa, siendo así que caminamos por el propio París, venimos a parar a "Les Halles".

Nos metemos en una calle un poco más ancha pero de aspecto tan mísero como las que acabamos de recorrer y hacia el medio de la misma se abre un callejón sin salida un "cul de sac", como dicen los franceses, y en la parte que cierra la calle divisamos un gran portalón avidrierado, a través del cual y de la opaca atmósfera de humo y vaho humano, divisamos un bodegón de aspecto lóbrego y miserable.

Detrás de los cristales brilla una luz tenue y macilenta y con ayuda de la misma nos fijamos que no se ve ese movimiento y ruido de nuestras tabernas populares.

Después de pararnos en medio de la calleja vemos en el frontis, mal iluminado por dos bombillas de poca potencia, este letrero: "El Infierno". Y a ambos lados de este rótulo, unas llamas de las que parece surgir un espíritu infernal empuñando su horea.

Penetremos en "El Infierno".

Atravesamos un amplio zaguán; a mano izquierda, otro portalón nos conduce a unas escaleras estrechas que descienden al infecto bodegón, por las que aperecimos ese hedor nauseabundo propio de locales cerrados donde se reúnen varios fumadores. Y a proporción que descendemos, nuestros sentidos se hacen a aquel hedor que cada vez aperecimos con menos intensidad.

Después de descender treinta o cuarenta escalones en espiral, se presenta ante nuestra vista un espectáculo nuevo.

Es un local no muy espacioso, para el gran número de personas que lo frecuentan, y flota en el espacio un vaho cálido y mal oliente.

El bodegón está iluminado por la luz rojiza de varias lámparas colgadas del techo; las paredes ahumadas; las mesas mugrientas; los bancos roñosos; el mostrador a un lado, con muchas botellas de espesos y turbios licores; tras del mostrador, una mujer jamona que pudo ser bonita en su juventud—¡ay!, ya pretérita... perfecta—, se peina sin grandes miramientos y sin que nadie se fije en ella: es la patrona, la luciferina de aquel infierno. Y

todo, en medio de un ruido ensordecedor y de la más horrorosa algarabía.

Una pincelada para retratar a los contertulios de "El Infierno".

Las mujeres, que abundan en una proporción cuadruplicada a los hombres, son casi todas del mismo corte: escuálidas, pintadas, con escotes exagerados y ciñendo alrededor de sus cuellos pañuelos de vivos colores en los que domina el rojo: todas fuman cigarrillos y no de los más finos.

Los hombres son todos chulos que escupen por el colmillo, reniegan al acariciar, muerden al besar, pegan al bailar y miran desdeñosamente por el hombro a sus compañeras: todos beben ajeno y Anís Infernal, fabricado con alcohol de 90 grados, y ellos fuman tagarninas.

Mientras unas parejas, en posiciones poco escrupulosas, sentados a las mesas, se besuquean y manosean, enseñando ellas con una desvergonzada naturalidad, interioridades vedadas por la decencia; en otros ellas y ellos juegan, al mus, al siete y media o a otros juegos de naipes perseguidos por la policía; o bien las mujeres discuten con saña sus cuestiones amorosas: tal es "El Infierno", la célebre guarida de apaches, en donde éstos encuentran sus placeres, planean sus maldades y dirimen sus querellas.

En un extremo, casi en un rincón, se sienta al piano una mujer jocunda, guapota, y a su

lado, un exeuálido y melenudo violinista, de ropas raídas y zapatos *in extremis*; ambos alegran el ambiente con esa música sensual y ramplona de tangos, fox y shimmys.

Apoyadas en el mostrador, dos mujeres, una morena y una rubia, fuman nerviosas cigarrillos egipcios, fabricados en Marsella. Ambas discuten sobre la preponderancia que cada una de ellas ejerce sobre uno de los apaches de más cartel entre las hembras.

—No presumas, hijita — se tonea la rubia, cimbreado el busto como un junco y mirando a su compañera por encima del hombro, echándole a la cara el humo de su cigarro—. Pedro "El Rata", nunca ha estado enamorado de ti.

—¡Ay, qué Dios, Estrella!... Es que tú no le viste cómo me hacía la rueda. Si estaba más blando conmigo que un requesón.

—Conmigo sí que estuvo *colado*. Durante los tres meses que vivimos juntos, no miró a ninguna otra mujer.

—¡Mentira!

—Lo siento, rica, pero a mí me quería más que a ti.

—No, a mí más.

—Toma—y la rubia descarga un solemne sornavirón en el rostro de la morena cuyo chasquido llamó la atención de la mayor parte de los presentes sobre las dos muchachas.

Aquel revés fué la señal de la ruptura de las hostilidades: las dos muchachas se agarra-

ron por los cabellos e iniciaron una sinfonía a cuatro manos con acompañamiento de piano y violín.

Sus compañeras hicieron corro, y sin buscar a separarlas, animaban a las combatientes con gritos y gestos canallescos.

Las dos cayeron al suelo y sólo se levantaron cuando ambas estuvieron convencidas de que cada una había ganado.

Una muchacha alta, pintada en exceso, que fumaba en boquilla, se acercó a las luchadoras que arreglaban su indumentaria y tocado estropeado en la lucha, y con aire burlón las reprendió:

—Sois dos astrogadas... ¡Pegarse así por un hombre que está por otra...! Ja... ja... ja...

—¡Ay qué rica!—se mofó la rubia.

—¿Y a ti qué te importa?—añadió la morena.

—Pues debéis saberlo... Por quien está es por mí.

—¡Ja... ja!

—¡A ver qué pasa!—la de la boquilla.

—Pasa que eres una embustera.

—Pues toma...

Y las dos que primeramente riñeron juntáronse en dúplice alianza y se volvieron iracundas contra la fanfarrona de la boquilla a quien dejaron morada de golpes.

Pero como en el antro apachero, no dura mucho el efecto producido por una pendencia, las tres furias conversaban amigablemente al

ver entrar en el local a una mujer de bien distinto aspecto de las mujerzuelas que vemos allí: la recién llegada es Paulet, quien no obstante la prohibición de su hombre, acaba de penetrar en "El Infierno" y acercándose al mostrador:

—¡Hola, Paulet! ¿Tú por aquí?

—Vengo a devolverle algo que le falta.

Y le entregó un cartucho con dinero.

—Ya comprendo... "El Rata" lo limpió de mi cajón y tú, siempre tan cumplidora y tan honrada.

Y mientras Paulet hablaba con la patrona, las tres que antes habían reído, amigas ya, campechaneaban juntas burlándose de la recién llegada.

—Esa—señalando a Paulet—, con su aire de zorra maula, engaña al "Rata".

—"El Rata" pronto se cansará de esta estúpida.

—Pero no os sulfuréis porque yo sé que viven como hermanos.

Paulet se dirigía a las escaleras para irse a su casa; mas en aquel momento descendían por la escalera dos caballeros elegantísimos, cuya indumentaria de frac bajo un abrigo de pieles y sombrero de copa, contrasta con el infecto y vulgar del lugar donde se meten.

Son estos dos personajes el jefe de policía Caillard y Luis Drumont, a quien ya conocemos.

Al ver a Paulet, Drumont dijo una palabra al oído de Caillard y éste le contestó:

—Se llama Paulet, muy buena chica... Déjelo para mí.

Y el jefe de policía—que confraterniza en “El Infierno” con todos aquellos apaches y que nos trae a la mente al imagen de un gato jugando fraternalmente con las ratas—, se acerca a la amante de Pedro, “El Rata”, y le dice amigablemente:

—¡Hola Paulet!... Oye, te presento a don Luis Drumont, hombre rico y generoso que sabe pagar bien sus caprichos. Te dejo con él.

—Amigo Caillard—le dijo Drumont—diga usted a esa vieja del mostrador que prepare una juerga de apaches para cuando yo venga con unas señoras dentro de un par de horas... Entretanto voy a sentarme aquí con esta linda muchacha..

—Voy y... ¡que aproveche!

—¿Sentémonos aquí, Paulet?—ofreció Drumont, señalando una mesa.

Se sentaron. Drumont pidió servicio a gusto de la muchacha que bajaba la vista, sin querer corresponder a las frases galantes y promesas del caballero.

Este atrevióse a quererla dar un beso; pero en aquel instante, Pedro, “El Rata”, que acababa de llegar, vió tal propósito con rabia, y con placer la resistencia de su mujercita y se adelantó hasta la mesa donde estaban ambos sentados, cogió a Drumont por el brazo, le

hizo levantar y, cuando estuvo en pie, le dió tan tremendo bofetón, que resonó por toda la sala. Todos se reunieron alrededor del ofensor y del ofendido, y sonreían de burla al ver al caballero, sin ganas de volverse, pues comprendía no era aquel el lugar más a propósito para pedir a un apache reparación de una ofensa.

—¡Ya tendré ocasión de liquidar esta cuenta!—rugió colérico Drumont.

—Lo que a usted le conviene es no mirar más a esta mujer.

Caillard se acercó al apache, y mirándole fijamente, le amenazó: “Ojo con lo que haces, “Rata”.

Con gran destreza, y sin que el policía lo notase, “El Rata” le escamoteó el reloj. Ya se iba aquél cuando Pedro le dijo: “Señor Caillard, tenga; ha perdido usted su reloj.”

Y se lo entregó con gran sorpresa del policía.

—Oye, Paulet—la regañó Pedro con dulzura—. ¿No te dije que no vinieras a “El Infierno”?

—No te enfades, Pedro, he venido a traer...

—Vuélvete a casa y pronto—interrumpió imperativo.

Apenas llega “El Rata” a “El Infierno”. todas las mujeres andan de cabeza por él y todos los hombres le hacen corro. Se ve bien a las claras que “El Rata” es el gallo de aquel

cotarro y que donde él está no hay más amo que él.

—¡Chica, llega “El Rata” y no chista... ni Dios!

—Al fin y al cabo esa Paulet la encontró “El Rata” aquí y es como una de nosotras.

Oyó Pedro esta apreciación de la mujer y acercándose a ella y agarrándola de la muñeca de tal modo que la chica se retorció de dolor, la dijo:

—Si vuelves a pronunciar ese nombre te sacó la lengua.

Y dándole un tirón la arrojó al suelo sin que aquella muchacha replicara ni una palabra.

.....
Dejemos este antro por unos instantes y pasemos a otro no menos infecto, aunque más elegante y lujoso.

IV

—¡Hontmartre! ¡El barrio de la alegría, de la locura, del placer!

Si paseáis de noche por el típico barrio

inundado de luz, de mujeres pintadas con ojos de pecado, y de bohemios melenudos, veréis en el frontis de un edificio de sencilla apariencia cuyas líneas están marcadas por infinidad de luces y en cuyo frontis ruedan sin cesar las inmensas alas de un molino, también cuajadas de bombillas encendidas: “*le Moulin Rouge*”. Algo más lejos otro edificio más lujoso, también inundado de luz, lleva este rótulo luminoso: “*Folies Bergères*”.

Penetremos en él sin temor, si queremos presenciar la locura humana de un desenfrenado carnaval.

Alí, la bestia humana se manifiesta con un desfado brutal: es el templo de Venus donde se rinde culto a la mujer y donde, para lograr una caricia femenina, gastan, en una noche, los mimados de la fortuna, lo que muchas familias no logran con un asiduo trabajo durante un año.

El espacioso salón y los elegantes palcos que le circundan, están rebosantes de un público selecto de ambos sexos éstos; aquel, de hombres casi exclusivamente.

Estrénase hoy la esplendorosa revista “Mujeres...” ¡Para qué describirla si es como todas las revistas del género y puede resumirse en estas palabras: mujeres, lujo, desnudos; cuánto halagan las bajas pasiones las hijas de Eva en su traje primitivo del Paraíso!

Termina la representación. Acerquémonos a un palco ocupado por dos señoras lujosísimas

y tres caballeros elegantes. Mientras ellos ayudan a cubrir sus escotes—íbamos a decir sus desnudos—a las damas con preciosos abrigos de pieles, uno de los caballeros, en quien reconocemos a Luis Drumont dice a las demás:

—Tengo que ir al café de la Paix, para terminar un asunto. Caillard os acompañará a “El Infierno”.

—¡Mira tú—dice Cecilia Chaumont a su amiga Flora que la acompaña con su amante—, que irnos de cabeza a “El Infierno”.

—Vamos allá... Tengo ganas de ver lo que es eso.

—Vamos—ordenó Caillard, gracias a cuya compañía, las damas iban confiadas.

V

Penetraron en aquel antro los cuatro aristócratas cuya presencia llamó mucho la atención de los presentes. Sentáronse a una mesa situada en un corredor que circundaba la sala y estaba en un plano superior a la parte principal de la misma y separada por unas columnas y una barandilla.

Dió principio a la fiesta apache con un tango apache bailado por una sola pareja: “El Rata” y otra muchacha, y más que baile parecía la venganza del apache celoso contra la mujer que amaba, a quien tan pronto arrojaba al suelo como atraía hacia sí y abrazaba y besaba con placer.

Cecilia Chaumont quedó fulminantemente prendada de aquel apache de ojos grandes, que parecía dominar allí y despreciar a todas las hembras.

Terminado el baile, “El Rata” se sentó solo a una mesa cercana a la que ocupaban los aristócratas.

—¡Mozo!—llamó uno de los caballeros que acompañaban a las damas—. Tráenos un ajénjo y tres cenas.

—Perdone, señor—contestó el camarero—, quiero servir primero a ese hombre—y señaló a Pedro—porque de lo contrario nos buscará una cuestión.

Cecilia Chaumont no quitaba la vista de “El Rata”, de quien estaba prendada.

—Oye, camarero—inquirió Cecilia—, quién es ese hombre.

—Ese es Pedro “El Rata de París”, un mo-
reador muy peligroso.

—Gracias, camarero.

—Para servirla.

—Es un hombre muy interesante este Pedro—dijo Cecilia a sus compañeros.

—Pedro notó cómo Cecilia Chaumont le mi-

raba con insistencia y le devolvió la mirada con una sonrisa acompañada de un guiño calleseco.

Cecilia enrojeció de placer y al pasar junto a ella el camarero, le llamó y sacando de su bolso un billete de mil francos se lo entregó diciéndole: Entregue esto a Pedro "El Rata de París", por lo bien que ha bailado.

Obedeció el camarero. Se acercó al apache y entregándole el espléndido obsequio le dijo:

—La señora que te ha visto bailar tiene mucho gusto en obsequiarte.

Pedro tomó el billete, miró sonriente a la dama que también le sonrió, puso en su boca un cigarrillo, encendió un mixto y con él prendió fuego al billete con el que encendió el cigarro y con desdén, arrojó los restos del billete al suelo, y lo pisoteó.

Cecilia Chaumont se levantó, se acercó a la mesa del apache y se sentó a su lado.

—¡Hola!—saludó campechanamente Pedro, en tono de poco interés.

—Es usted un hombre muy interesante.

—Pues... ¡me alegro tanto!

—Tiene usted a gala, por lo visto, mostrarse desdeñoso y brutal con las mujeres; y es que no ha encontrado usted a ninguna que le combata con las mismas armas... ¿Por qué no se cuida usted las manos?... Nosotros podríamos ser buenos amigos; usted en su mundo y yo en el mío.

—¿Llama usted mundo a esa gente que la

acompaña?... ¡Valiente mundo!... Prefiero mi vida. Algunos dirán que soy ladrón... ¡Bah!... Lo que hago es tomar algo de lo mucho que a



—¿Cuándo?... Porque eso depende de ti.

otros les sobre—y al decir esto echaba su vista al precioso collar que Cecilia llevaba, y añadió—: ¡Qué buenos perfumes gasta usted!

—¡Un cigarrillo!—ofreció Cecilia sacando de su bolsa dos egipcios.

—No, gracias.

Y como "El Rata" fijara su vista en el collar, Cecilia se lo ofrendó:

—¿El collar?

—No, ahora, no.

—¿Cuándo?... Porque eso depende de ti.

—¿De mí?

—Sí, de ti solamente—contestó Cecilia Chaumont, levantándose y comiéndose con la vista a aquel muchacho tan interesante—. Cuando tú quieras... No lo olvides, Pedro.

Un momento más tarde los aristócratas abandonaban el local. Cecilia Chaumont iba herida de amores.

—¿Por qué quemaste aquel billete?—preguntó una mujer a "El Rata".

—¡En seguida lo iba a quemar!... Lo hice ver, tonta... ¿Ló ves?... Aquí está para los amigos.

VI

Cuando "El Rata" se levantó de la cama aquella tarde, Paulet le halló puliéndose las uñas con un alarde de coquetería desusado en él.

—Estos refinamiento que observo, Pedro, se deben, sin duda, a la influencia de alguna mujer.

—¡Tonta!

—Pedro, hasta ahora no has tenido secretos para mí. ¿Es que ya he perdido tu confianza?

—Nunca, Paulet. Tú eres la única mujer en el mundo ante la cual no oculto mis pensamientos.

—Entonces, dime la verdad, ¿cómo es ella?

—Ni me acuerdo. Tan sólo conservo la impresión de que es una mujer cuajada de alhajas.

—¡Una mujer de lujo, que, sin duda, quiere satisfacer un capricho novelesco!

En aquel momento llegó un botones con una carta en cuyo sobre sólo decía: A Pedro "El Rata de París".

La abrió y leyó con estupefacción en una tarjeta perfumada:

CECILIA CHAUMONT *le espera esta noche, a las ocho. Boulevard Capucins, 7.*

Paulet se entristeció al conocer el contenido de la tarjeta; pero Pedro le dijo:

—Nada temas. Voy a ver si pesco algunas joyas. La ocasión la pintan calva.

VII

En el lujoso domicilio de Luis Drumont. Este y Cecilia conversan en términos no muy amables:

—Por Caillard estoy enterado de tu última extravagancia. ¡Cómo malgastas el dinero y el tiempo!... He pedido informes de "El Rata" y sé dónde vive: es un sujeto muy peligroso.

—Lo sé ¿y qué?

—Que el tal sujeto tiene una mujer muy linda.

—Pues duro con ella, tonto, ja... ja... ja...

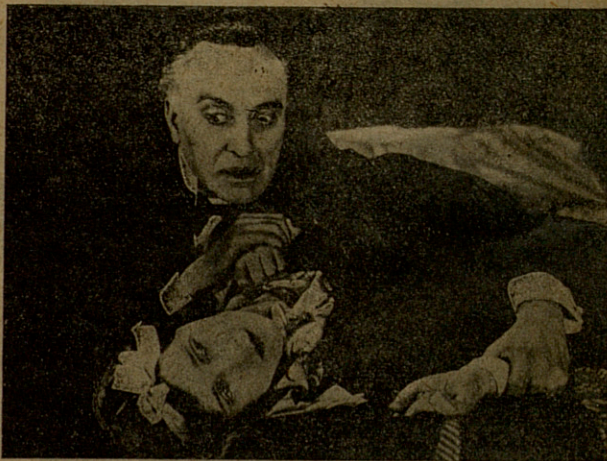
Momentos antes de las ocho, Luis Drumont salió y a las ocho en punto presentóse en casa de Cecilia Chaumont "El Rata", a quien ésta



—¡Cecilia!...

recibió con muestras de quererlo ganar para ella.

Tendida Cecilia en un diván turco y luciendo los encantos de un cuerpo escultural ya iba a lograr su propósito, pues puso cuanto pudo para tentar al apache.



Perdidas ya las fuerzas y después de una heroica resistencia

—Por ti, Pedro, he despreciado al hombre que gastaba millones por mí. Ahora los gastaré yo por tu amor. Ven a mis brazos.

—¡Cecilia!—“El Rata” la iba a besar, y prosiguió—: Siento en mi pecho un calor que me abrasa. Siento no haber roto tu tarjeta.

—¿Qué tarjeta?

—Esta.

—Esa tarjeta no fué escrita por mí... La letra es de Drumont... Seguramente quería sacarte de tu casa. ¡No sabes de lo que es capaz Drumont, cuando se interesa por una mujer!

—¿Luego...?

—Quiere a tu mujer.

Pedro no quiso oír más y huyó despavorido hacia su casa, llevando en su alma la idea de venganza.

Cuando llegó cerca de la puerta de su casa notó la presencia del Inspector Caillard y de tres policías más. Comprendió. Aquellos individuos guardaban las espaldas a Drumont. Subió hasta el tejado por una casa vecina y penetró en su guardilla por un ventano. Paulet luchaba a brazo partido para no dejarse violar por Drumont. Perdidas ya las fuerzas y después de una heroica resistencia, Paulet, había caído en brazos del aristócrata, quien a viva fuerza la había acostado en el lecho.

Cuando “El Rata” saltó a la habitación y oyó los gritos de angustia de la joven que luchaba para desasirse del malvado, gritó empuñando un puñal y lanzándose como una fiera sobre el aristócrata, rugiendo:

—¡Miserable!

Luis Drumont cayó muerto con el corazón atravesado.

Cuando los policías llamaron al piso, Pau-

let hizo huir a Pedro por una ventana que daba al tejado.

Paulet se declaró autora de la muerte del señor Drumont. En el momento que los policías se iban a llevar a la joven se presentó "El Rata", quien, para salvar a su amada, quiso declarar la verdad; pero ella le puso la mano en la boca y al abrazarse a él para despedirse le dijo en voz queda, al oído:

—¡Déjame que yo te salve, Pedro!...

VIII

Desde la delegación de Policía, Paulet es conducida a la cárcel seguida de mucho público. "El Rata" pugna por llegar hasta ella y cuando lo logra la abraza llorando:

—¡Paulet, mi amada Paulet!... ¡Quiero declarar la verdad!

—¡Por Dios, te pido que no te delates!... ¡Así nos salvaremos los dos!... Tan sólo te ruego que no me olvides; que me quieras siempre... ¡Júramelo!

—¡Te lo juro!

Los guardias arrancaron a Paulet de los

brazos de "El Rata", quien volvió a su casa alocado, desesperado.

Cecilia Chaumont visita a Paulet en su encierro y esta visita es de una emotividad conmovedora, la joven recomienda a la mundana que no deje de la mano al apache, que se cuide de él, que le proteja para que se aparte del mal y sea un hombre honrado.

Lamentamos que las dimensiones de este librito no nos permitan extendernos en el relato de todas las bellezas que el público podrá gustar al contemplar la preciosa película que novelizamos, y que seguramente le han de emocionar profundamente.

Resumamos.

Es el día del juicio oral que ha de ver y fallar la causa por asesinato del señor Chaumont. Pedro lo sabe y roído por el remordimiento exclama:

—No puedo resistir más... Me presentaré al tribunal y la salvaré declarándome culpable.

Y corrió hasta la audiencia como un loco. Mas los ujieres no le dejaron entrar y llorando y gimiendo volvió a su casa alocado, desesperado.

Lloraba acongojado arrodillado ante la Virgencita a quien pedía piedad por su amada, cuando la puerta se abrió.

—¡¡Paulet!!!—clamó Pedro al ver a su amada—. ¡Libre!

—¡Sí, libre, Pedro! El Jurado ha dado ve-

redicto de inculpabilidad, pues defendí mi honor!

Los dos quedaron abrazados juntando sus lágrimas de alegría.

—¡Paulet, Paulet mía!... ¡Mía, mía, sólo mía! ¡Ya nadie te arrebtará de mis brazos!... ¡Nadie podrá separarnos!

—Y escudados en nuestro ardiente amor, afrontaremos juntos y valerosos, las duras batallas de una vida honrada.

Y ambos cayeron de hinojos ante la Virgen; juntaron sus manos y con lágrimas de agradecimiento y de perdón, juntos clamaron:

—¡Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...!

FIN

14 de Diciembre - **Biblioteca Films** - Número 155

Flor de la Selva

PRECIOSO ARGUMENTO

POR

TOM MIX

Postal: *Viola Dana*

25 Céntimos

NAVIDAD = AÑO NUEVO = REYES

¡¡¡Oigan. . grandes y chicos!!!
Ya está en venta

Festivales Escolares y Reuniones Familiares

VILLANCICOS
FELICITACIONES
CARTAS A LOS REYES MAGOS
MONÓLOGOS :: DISCURSOS
CANCIONES :: POESÍAS
COMEDIAS :: PIEZAS PARA
REPARTOS DE PREMIOS

Solo cuesta UNA peseta

Importantes descuentos a Librerías y Colegios

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS
Calle Valencia, núm. 234 - Barcelona